



Libros y antilibros

Efraín HUERTA

POR LAS SIGLAS. . .

El caballero ha consultado los mejores diccionarios y las enciclopedias autorizadas. Ha hecho a un lado, con toda justicia, el Diccionario Porrúa. Ha consultado, pues, el de UTEHA, el ESPASA, al Larousse, el Hispánico Universal, la Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana y muchos más, para informarnos detalladamente sobre el origen del vocablo sigla, de las primeras siglas usadas por los fenicios, egipcios, griegos y romanos. La más famosa es, desde luego, INRI.

En más de dos mil años, las siglas cumplieron una misión secreta: nadie sabe por qué a una persona no identificado se le califica como N.N. pero todo el mundo sabe quiénes son GBS, TSE, HGW, BB, como es natural que hasta un niño sepa qué son la FBI y la CIA. (por cierto, el señor Winston Churchill se opuso siempre a que su nombre apareciera en siglas. Comprensible.).

En 1973, la Editorial Sudamericana lanzó al mercado un libro importantísimo: el **Libro de Manuel**, de Julio Cortázar. Yo tuve el inmenso placer de leerlo en el CMN del IMSS, antes de que a un compañero de sala se le ocurriera prestarme **El padrino**.

Fue entonces, en mayo de 1973, que comenzó el gran misterio, porque Cortázar se libera del siglismo intercalando un diálogo absurdo en las páginas 334 y 335, que transcribo con todo el horror del mundo:

—¿No te interesaría mucho más saber qué es la CNUURC o el SACLANT? ¿a UMOSEA y la AEJI, ¿no te dicen nada?
—Por favor, hermano.

—Ah, el final de siempre: por favor, por favor. Primero te voy a explicar que esos fonemas responden nada menos que a la Comisión de las Naciones Unidas para la Unificación y Rehabilitación de Corea, al Comandante en Jefe de las Fuerzas Aliadas del Atlántico, a la Unión Mundial de Organismos para la protección de la Infancia, y agárrate fuerte, a la Asociación de Industrias Europeas del Yute".

Dos páginas adelante, este gigante sádico y nervudo escritor nos acribilla con una breve lista de cuarenta y cinco siglas, que él conoció muy bien allá en París, en sus fatigantes tareas como traductor en la UNESCO. ¡UNESCO!, siglas que siempre son un enigma para los escolares y para los supuestamente adultos mentales —que es mi caso.

. . . DE LAS SIGLAS

Cortázar se me escapó, pero bien pude haberle contado que las primeras siglas que conocí fueron CROM, que en aquellos tiempos del México de hace media sigla, digo, medio siglo, los enemigos del régimen y de su principal apoyo, interpretaban así: (C)omo (R)oba (O)ro (M)orones. Como Roba Oro Morones, pero el ingenio mexicano le daba la vuelta a las siglas, las invertía y el resultado era, ya sin siglas: Más Oro Roba Calles: MORC.

Robos aparte, Cortázar nos deleita con siglas como la operática AIDA (Asociación Internacional de Distribución de Productos Alimenticios; la AIGA (Asociación Internacional de Geodesia), la ARPA (Asociación para la Investigación sobre las Parodontopatías. . .), la ARO, el CAC, la CECA (sin MECA a la vista), el CEFEA, el ECO, la EMA, la ETC (Comisión de Turismo para Europa), la FAMA, que debe haber tirado de risa a todos los cronopios y mutantes de este mundo y

del otro, pero que solamente significa Fundación para la Asistencia Mutua en Africa al sur del Sahara; ¡la FEAI!, cuya suerte es envidiada por la bonita, pero que graciosamente significa Federación Internacional para la Educación Artística.

El FENUDE, la FIFA, que nada tiene que ver con el futbol, pero que a mí me intriga porque, ¿por qué se dice de alguien que "ya no fifa?"; la tremebunda IFCTUGPI, el SABROSO JULEP, la muy taurina LIDIA, ¡la LILA!, la bien servida MESA, el ORCA, la PATA, ¡la PUAS!, que debe recordarnos a un pintoresco boxeador mexicano; la UNTA y, por último, unas siglas que hubiera envidiado Winston Churchill: el WCC, que es humildemente el Concilio Mundial de Iglesias.

En el diálogo, paralelo a la muestra de siglas, Cortázar juega con el significado de LILA: Liga Internacional de la Librería Antigua. . .

(Las nuevas generaciones deben saber que Plutarco Elías Calles fue presidente de México, de 1924 a 1928; que Luis N. Morones fue en esa época el líder sindical más poderoso, jefe de la CROM, Confederación Regional Obrera Mexicana, y, como se suele decir, "famoso por sus anillos de diamantes y las orgías que organizaba en su finca de Tlalpan".)